

## ESPOSALES Á CABALLO

El vizconde Santiago de Courten había recitado aquello de un tirón, pues lo recordaba admirablemente. El efecto producido en su auditorio fué menos entusiasta de lo que esperaba. Permittedse, pues, mirar á sus huéspedes, y pudo coger á lo vivo su triple estado de ánimo: 1º El conde quedaba pensativo y triste. El placer que debía sentir por tal honor, no parecía conmoverle más que medianamente. 2º La condesa Constancia parecía aterrada, cual si tan buena noticia le hiciera entrever horrorosas desgracias. 3º Finalmente, la joven Enriqueta, apoyada de codos en el respaldo del asiento de su madre, miraba lo porvenir, á lo lejos, y su mirada indeterminada irradiábase con áspera y enérgica resolución.

— Yo no he solicitado nada, dijo Lespare levantándose, pero el capricho del rey debe ser para mí sagrado. ¡Obedeceré!... Además, me esperaba lo que acaba usted de anunciarme, mi querido huésped. El

marqués de Gherlor me lo había casi dado á entender, aquella noche en que el toque de rebato nos hizo levantarnos de la mesa tan á tiempo para venir en su auxilio.

La conversación empezaba á languidecer. Como se puede figurar, los castellanos de Tanlay querían quedarse solos cuanto antes, para comunicarse sus impresiones respecto de tan imprevisto nombramiento que iba á romper la calma de su vida de felicidad. Momentos después, se despedían del vizconde, deseándole pronto restablecimiento. Deseo que debía realizarse. La juventud tiene recursos al lado de los cuales la ciencia, por verdadera que sea, se sentirá siempre en estado de inferioridad. Reanimado por el recuerdo de Enriqueta, el bretón recobraba sus fuerzas, haciéndose cada vez más valiente. El primer día que pudo bajar al cuarto del arzobispo para sentarse á la mesa familiar, chocóle observar que en la frente de la condesa Constancia se había formado, desde su última entrevista, una nube de insondable tristeza. Completamente absorto en la alegría de estar aún al lado de la que, cada vez más, pensaba hacer su mujer, el vizconde, con ese egoísmo peculiar de los enamorados, sólo dió pasajera importancia á aquella tristeza. Por otra parte, ¿cómo hubiera podido imaginar que el nombramiento de capitán de Mosqueteros Negros, cuya noticia había él traído, era la sola causa de aquella pena? En la corte, donde el conde de Lespare tenía buenos amigos y admiradores ardientes, Santiago de Courten había oído hablar á veces de las luchas homé-

ricas realizadas por ese moderno caballero de la Tabla Redonda, y de las numerosas dificultades que tuvo que vencer para casarse con la que le disputaban poderosos enemigos; pero no establecía comparaciones entre esas hazañas y el estado actual de la condesa, pues para ello hubiera necesitado un juicio distinto del suyo.

Desde aquel día, el convaleciente tuvo que cambiar de cuarto, entrando de nuevo la señorita de Lespare en posesión del suyo. Santiago fué alojado en la habitación de que tan singularmente se habían marchado los dos italianos salvados por el conde. Los días sucesivos comenzó para el joven aristócrata una vida nueva, vida de actividad y de delicias. Como el médico de Tonnerre le había recomendado ejercicios, así como Enriqueta se había mostrado casera para cuidarlo, ahora se mostraba apremiante para sacarlo afuera, llevándosele á incesantes visitas á los castillos de Ancy, Sennevoy, Angliers, Torcy y Maulnes. Por supuesto, que esas excursiones se efectuaban siempre á caballo, en traje de caza y con la carabina al hombro. Por aquellas cabalgatas á través de bosques y llanuras, ante la grandiosa naturaleza, tan diferente del teatro de sus hazañas, el vizconde experimentaba amargo deleite y se dejaba guiar como un niño, por aquella singular muchacha que le entusiasmaba y le intimidaba á la vez.

Los días sucedían á los días, sin que Santiago osase abordar lo que tanto le torturaba el corazón. ¿Sospecharía ella sus sentimientos? En ciertas ocasiones, él

hubiera jurado que sí; pero, en otras, tenía sus dudas y no sabía qué pensar. Y contra más la estudiaba, menos creía comprenderla. Nunca había encontrado una naturaleza parecida. Le estaba vedado todo punto de comparación. Formarse un juicio respecto de ello, parecía imposible. Enriqueta le trataba con cierto compañerismo que le detenía la declaración en los labios en el momento en que parecía ir á salir de ellos. Verdad es que él había conocido á jóvenes que alardeaban de modales igualmente libres; pero un indefinible no sé qué daban á la libertad de ésta tonalidades muy diferentes. Su desenvoltura parecía permitir lo que la límpida franqueza de su mirada prohibía. Vestida con aquella faldilla corta, cuya simetría no siempre respetaba el viento, la joven, cuando sobrevenía semejante incidente, restablecía, con ademán ni muy brusco ni muy lento, el orden de sus vestidos, sin querer notar la súbita bocanada de calor que invadía el rostro de su compañero, testigo obligado del percance.

Y el vizconde permanecía confuso y mudo, preguntándose si aquello sería extravagancia deseada, ó irreflexión que, en una persona bien educada, rayaba en exceso. No se detenía ahí su extrañeza. Hasta aquel día, habíase creído buen jinete. Con este respecto, avergonzábanle las proezas de Enriqueta... Si encontraba caza, aun antes de que él hubiera preparado su carabina, la de Enriqueta disparaba, y el animal, herido en buena parte, no volvía á levantarse. Una vez, en secreto — pues este talento era para el

conde un misterio — habían dado un asalto en la sala de armas del castillo, y, en nada de tiempo, el joven, estupefacto, vióse tocado tres veces, sin poder hacer ningún quite. Aquello era desconcertante, humillante hasta el extremo de que el vizconde bretón, lastimado en su orgullo de macho, se entristecía, en tanto que Enriqueta conservaba siempre igual su serenidad, mostrándose superior á él, aun en las manifestaciones de carácter...

Santiago de Courten, completamente restablecido, no podía eternizarse en Tanlay sin ser indiscreto, tanto más, cuanto que se acercaba el momento en que el castellano tenía que marcharse para tomar posesión de su cargo. Los dos jóvenes, amantes silenciosos — pero enamorados á pesar de todo — acababan de cabalgar por última vez al lado uno de otro, á través de los bosques de Volineuse y Pimelles. Habían dado la vuelta á la Grange-aux-Moines, y regresaban, sin hablar, por aquella vía romana llamada carretera de César, cuando, poco antes de Volotte, el caballo del vizconde, espantado por una enorme raíz, hizo una brusca pirueta y le lanzó tan singularmente contra la joven, que sus labios se rozaron un segundo.

— ¡Oh! ¡Dispéñseme! ¡Perdóneme! señorita, balbució el aristócrata azorado, dominando su cabalgadura.

— ¿Perdonarle?... ¿El qué? replicó la extraña joven, sin turbación alguna.

— De...

— El incidente, vizconde, no tiene importancia; además, ya es hora de explicarnos.

— ¿De explicarnos?

— ¡Claro!... He querido tenerle por caballero todo este tiempo á fin de examinarnos á fondo. Porque nos conocemos muy poco, reconózcalo. Y quería también darme á conocer á usted, fuera del marco algo particular en que le aparecí la primera vez.

— ¡Señorita!

— No se sonroje, y hablemos como amigos que se estiman en su verdadero valor. Confíese que á veces le han chocado mis modales.

— ¡Oh!

— Sí... Yo estoy hecha así... ¡Nadie puede remediarlo!... ¡Niña ó mujer, siempre seré la misma!... Eso da en que pensar, ¿no es cierto? Y en muchas ocasiones, habrá usted querido retractarse del juramento que se hizo á sí mismo.

— ¿Yo? exclamó el joven, parando su caballo, ¿un juramento?

— No destroce la boca al pobre caballo, y continuemos andando, para no llamar la atención de las buenas gentes de Fourcherolles... Le he velado á usted durante el curso de sus noches de fiebre, señor de Courten, y ha hablado usted.

El vizconde estaba todo tembloroso.

— ¿He hablado? balbució, ¿y de qué?

— De cierto juramento que hizo usted á su madre la noche de la inundación.

— Pero...

— Acerca de una prometida elegida por usted.

— ¡Diablo!

— Aunque el diablo no tenga nada que ver aquí, continuó la imperturbable joven, es precisamente con esa exclamación con la que comenzaba su frase... No reconozco á nadie sino á mí el derecho de haberse podido extrañar del deseo así manifestado por usted...

— ¿Y P.. exclamó, jadeante, el vizconde.

— Y, para hablarle francamente, ni en aquel momento, ni después, que le he conocido mejor, no he hallado materia que pudiera ofenderme.

— Por favor, señorita, acabe usted.

— ¿Para qué, si ya me ha comprendido?

Para comunicarse sus dulces impresiones, para emitir y oír la primera declaración, los amantes escogen, de ordinario, si están afuera, algún blando banco de césped; si están en una casa, algún canapé espacioso y acolchado, de modo de poder estar al lado uno de otro. Los ojos escrutan el fondo de los ojos; búscanse las manos, el menor rozamiento hace pasar de uno á otro un delicioso escalofrío. Aquí, no hay nada de eso. El vulgar decorado convencional no estaba hecho para servir á estos amores nacidos en la tempestad. Todo tenía que ser raro en el acercamiento de estos dos jóvenes, tan enemigos uno como el otro del matrimonio, antes de encontrarse. Él cabalgaba vivamente impresionado por lo que acababa de oír; ella, siempre serena. Santiago hubiera querido ponerse de rodillas para darle gracias por haberle abierto la puerta de las confidencias, por el

aliento con que fustigaba ella su involuntaria timidez. El vizconde permanecía mudo, atontado por su dicha. La señorita de Lespare acababa de hacerle entender bastante explícitamente que conocía, desde hacía varios días, su íntima esperanza, y que su revelación no la había desagradado.

— Usted me ha comprendido, repitió Enriqueta, y quizás podamos entendernos sin decirnos hasta la saciedad la frase archiconocida: « ¡Le amo! » que sirve para amueblar la vacía existencia de los ociosos, y nosotros no lo somos.

— ¡Ah! ¿ Puede usted calificar de esa manera las efusiones de un sentimiento divino?

— Hay tiempo para todo, vizconde. En el momento en que hemos llegado, me molesta lo insípido. Tal vez no sea yo siempre así. Pero hay que tomar precauciones y dejarme acostumbrarme poco á poco á la idea de que el ideal de las otras mujeres podrá llegar á ser también el mío. Las damas de la corte, según tengo entendido, pasan el tiempo emperejilándose ó dejándose cortejar por pisaverdes... Por más recreativo que esto pueda parecerles, yo no hallaría aliciente alguno en ello. ¡ Soy algo salvaje, tengo una cabecita loca y caprichosa!... Usted ha pensado unir su existencia á la mía antes de conocerme bien. Ahora que me conoce, persiste. ¡ Eso es valor!

— ¡ Es egoísmo!... Le debo la vida... Le deberé la felicidad.

— ¡ Oh! no se arrebate usted, díjole, riendo, Enriqueta. Mañana parte usted para París; no he querido

dejar que se marchase de Tanlay ignorando mi sentimiento hacia usted. Usted me agrada tanto como yo pueda agradarle, y si algún día tengo que abandonar el apellido de Lespare, será, no lo dude, para llevar el título de vizcondesa de Courten...

— ¡Enriqueta! ¡es usted un ángel!... exclamó el bretón, inclinándose en la montura para agarrar por el talle á la joven.

— Y, añadió ésta con cierta ironía, dejándose agarrar, no necesito autorizarle para que me dé el beso de esponsales, puesto que ya lo hizo usted una vez, prescindiendo de esa autorización.

— ¿Yo? dijo sonrojándose Santiago.

— Mientras me tenía usted bajo su brazo, en el Armançon desbordado, después de la caída del plátano de Commissey.

— ¡Perdóneme, Enriqueta, entonces lo hice porque creí que iba á morir!

— El ardor de su beso fué lo que me devolvió el sentido.

— ¿Podrá ser, Dios mío?

— ¿No se lo figuraba?

— ¡Sí! ¡sí! exclamó Courten, levantándola casi de la silla, con el ardor con que la estrechó contra su pecho.

Luego, siguieron andando en silencio, sumidos en sus propias reflexiones. Cuando vieron los primeros tejados de la aldea de Tanlay, Enriqueta, dando con la fusta en el hombro del vizconde, le hizo esta imprevista recomendación:

— Santiago, es menester que lo que acabamos de decidir quede en secreto entre nosotros. Por ahora, ni el conde ni la condesa deben sospechar nada de nuestra complicidad. Va usted á comprender por qué. El pasado de nuestra familia fué doloroso. Mi madre ha llorado demasiado para poder padecer aún, y la duración de su felicidad le parece ocultar algún siniestro futuro.

— Sin embargo, el conde está en favor... ha sido nombrado capitán de mosqueteros...

— Ese nombramiento ha venido á turbar la tranquilidad de la condesa. La guerra la asusta; una separación la espanta. Así pues, al consentir en unirme á usted por juramento, debo recomendarle paciencia, querido vizconde, porque yo no seré su mujer antes del día en que mi padre, vuelto al hogar, haya tomado de nuevo la guardia de la que le ha confiado su existencia.

Era imposible hacer desistir á la joven de cualquier determinación que ella tomase. Santiago de Courten lo sabía. Tomó valientemente su resolución. Y, á la mañana siguiente, despidióse de los castellanos de Tanlay, cuya hospitalidad tenía que dejarle felices recuerdos.

Jarnac y Chaminade le acompañaron hasta el puente de Armançon. El vizconde no se detuvo apenas en París: le apremiaba ir á confiar á alguien sus esperanzas, y ese alguien habitaba en Bretaña, pues era su madre, la condesa de Courten-Málo.

## VI

EN DONDE AL FIN SE PERMITE Á ENRIQUETA  
LLEVAR PANTALONES

Si el vizconde Santiago de Courten no había podido establecer relación entre la buena noticia por él llevada al castillo de Tanlay y la tristeza que se había apoderado de la condesa Constancia desde el anuncio de la salida de su marido para incorporarse al ejército, es porque no conocía sino muy medianamente el tempestuoso pasado de la familia de Lespare. El conde Luis, que había sido, en su tiempo, lo que puede llamarse un goloso de la espada, y á quien sus duelos, tan numerosos como fatales para sus adversarios, dieron fama europea, debía de ser pronto considerado, á la cabeza de sus mosqueteros, como el mejor hombre del ejército francés. Aunque ya había pasado de los cincuenta años, apenas los representaba. Su rostro marcial reflejaba lealtad. Su mirada franca, desdeñosa del peligro, parecida á la del león á quien la fuerza y el valor sirven de égida, indicaba perfecta confianza

en su propia energía. Los ejercicios violentos á que siempre se había dedicado le volvieron el cuerpo ágil y flexible, preservándole contra esa gordura poco graciosa que á menudo deshonra á la edad madura. En resumen, aparte de los pocos hilos de plata diseminados por sus cabellos y bigotes, continuaba siendo el bello, el intrépido Luis de Lespare, cuyas proezas caballerescas é inflexible justicia habían sido admiración de toda Francia en tiempo de la regencia del duque Felipe de Orleáns.

De él se contaban historias heroicas y acciones que hubieran enorgullecido á los caballeros de la época de Merlín el encantador. Una sola valía por todas las demás. Rompiendo súbitamente con sus costumbres de enamorado aventurero y de afortunado duelista, á la muerte del marqués de Calonne, asesinado ante él en las murallas de Módena, había salvado, raptándolas, á la viuda y á la hija de la víctima. Sin esperanza de recompensa, había dado á esos dos seres los mejores años de su vida. Pero aún hay más. Como el indomable joven no podía tener odio ni afecto sin extremarlos hasta el colmo, bajo las murallas de Módena, la noche del crimen, al arrancar á la huérfana y su madre de manos de los asesinos, había hecho el temible juramento de exterminarlos por su mano á todos, para vengar al marqués. Y aquí es donde la aventura adquiere las proporciones fantásticas de leyenda. ¡Luis de Lespare cumplió su palabra! En épocas diferentes, y en países muy lejanos unos de otros, los ocho ó diez espadachines que habían ayudado al duque de Tarenzani, jefe de los

asesinos, á perpetrar su infamia, murieron de muerte violenta, todos con una llaga sangrienta en el lado izquierdo del pecho, en el lugar del corazón. ¡ Todos!.. El duque de Tarenzani, caballero arruinado, combinó esa atrocidad de Módena con el solo fin de apoderarse de los bienes del marqués de Calonne, del que se titulaba primo. Lespare, destruyendo los instrumentos del crimen, reservaba la última estocada para matar la cabeza que lo había concebido. En Italia, en el mismo lugar del crimen de que se había aprovechado apropiándose la fortuna de su víctima, para guardarla, según decía, á los herederos directos, cuya desaparición habían certificado las autoridades, en Módena, fué donde el duque de Tarenzani había terminado accidentalmente su funesta carrera, ensartándose en la temible espada del conde.

Muerto el duque, de todos los actores del sombrío drama que Lespare tenía el deber de vengar, no quedaba más que uno; éste era Genaro Pertuso, confidente íntimo y consejero hipócrita del aristócrata asesino. Si sobrevivía á la hecatombe, es porque repugnaba al vengador ensuciar su noble espada en la sangre de ese criado. Cuando le llegó el turno, Lespare encargó á sus dos antiguos profesores de armas que le desembarazasen de él. Ya puede suponerse con cuánto ardor tratarían Phyleas Jarnac y su amigo Chaminade de cumplir esa misión. Después, la vida de Luis de Lespare habíase desarrollado más tranquila. Había conocido años de felicidad, gracias á Constancia, hija del marqués de Calonne, que se casó con él

al poco tiempo de morir su madre, cuyo dolor inconsolable le había abreviado los días.

Á consecuencia de un importante favor que le había prestado el conde, el marqués de Gherlor se convirtió en hermano suyo gracias al corazón. Fraternidad que se había estrechado aún más en la época en que Gherlor se casó con Honorina de Beaupréau, amiga de la infancia de Constancia.

En el castillo de Tanlay, donde se instalaron los Lespare á su regreso á Francia, fué donde la condesa dió á luz á Enriqueta.

Desde su más tierna edad, la niña se mostró física y moralmente el vivo retrato de su padre. De joven, aprendió rápidamente lo poco que en aquella época se enseñaba á las personas de la nobleza. Pero su sorprendente nervosidad no pudo limitarse sólo á las distracciones de su sexo. La vida del castillo le permitía los ejercicios de deporte, que, como sabemos, no tuvieron mucho tiempo secretos para ella. Pero á veces, sus padres venían á pasar algunos meses de invierno á París, en donde poseían un hotel en la calle de Francs-Bourgeois. Aprovechando esas circunstancias, la joven tomó algunas lecciones de un arte que le era desconocido. Á escondidas, iba detrás del Petit-Chatelet, á la sala de armas que dirigían Jarnac y Chaminade, amigos de su padre.

Enriqueta conocía sus señas por Justina Chaminade, que había entrado á su servicio particular. Como los dos maestros no negaban nunca nada á la heredera del á quien llamaban su discípulo predilecto, pusieron

un florete en manos de la chiquilla, creyendo que pronto se cansaría de tan fatigoso pasatiempo. Pero se equivocaron. Bajo las seductoras apariencias de sus formas frágiles, Enriqueta poseía músculos de acero, y su fuerza estaba al servicio de una voluntad indomable. Además, había recibido del conde, su padre, una herencia, tan preciosa para un hombre como inesperada para una mujer, porque, sin duda por atavismo, desde el principio, dió pruebas, en el noble deporte de las armas, de una presciencia realmente asombrosa. Aquella primera visita á los esgrimidores fué seguida de otras muchas, encargándose Justina de distraer la atención del conde, que no debía saber el secreto de esa nueva cualidad de su hija...

Poco tiempo después, Jarnac y Chaminade, maravillados, declararon no tener que enseñar nada más á su nueva discípula. Enriqueta no tenía nada extraordinario en su persona. Acababa de cumplir los diez y siete años, y era una joven como todas las demás, á no ser por las faldas, que se obstinaban en no crecer al mismo tiempo que ella. Sensible hasta cierto punto, tenía otras cualidades más masculinas, y bajo su sedosa cabellera, abrigaba la decisión necesaria para concebir y ejecutar las resoluciones más viriles. Ya hemos podido juzgarla por la escena de salvamento que constituye el comienzo de este relato. Sus ojos estaban organizados para lanzar resplandores combativos, no para el llanto.

Dadas estas explicaciones, prosigamos.

La noche del día en que Santiago de Courten había

vuelto á tomar el camino de la capital, reuníanse en una especie de consejo de familia, en el cuarto del arzobispo, los castellanos y su hija, así como también Jarnac y Chaminade, que estaban siempre en el castillo. La condesa estaba triste; minábala pesada y profunda pena desde el nombramiento de su marido en la compañía de mosqueteros. Un indefinible temor la atenaceaba el corazón, al pensar en separarse de aquel á cuyo lado vivía desde su boda. Para ella, lo porvenir se teñía de negro, y en vano trataba de rechazar las lágrimas que le asomaban á los ojos.

Enriqueta no dejó de adivinar el motivo de esa pena, y en su inventivo cerebro nació una idea rara, idea que había tomado cuerpo y que la joven pensaba explotar sin más demora. Aprovechando el que el conde, ocupado en hablar con Chaminade, no la miraba, Constancia habíase enjugado furtivamente los ojos, y Enriqueta le preguntó en voz alta:

— ¿Llora usted, madre?

Instantáneamente, la pobre mujer fué blanco de todas las miradas, y, viéndose descubierta, replicó, sin poder contenerse más:

— ¡Tengo miedo!

— ¿Miedo?.. replicó el conde yendo á cogerle con dulzura la mano. ¿Qué miedo puedes tener, mi querida Constancia?

El conde estaba apenado y sorprendido. Apenado, por ver á su compañera triste hacía varios días, como roída por un tormento interior; sorprendido, por no poder averiguar el enigma.

Jarnac y Chaminade callaban, atontados de sorpresa. Se preguntaban por qué aberración mental podría una mujer sacar tan fútil pretexto, cuando se sabía protegida por el más amante y el más valiente de los esposos. Enriqueta se cuidaba bien de pronunciar una palabra antes de oír la respuesta de su madre, que preveía y esperaba tal como le hacía falta para intentar la reivindicación más audaz que jamás se hubiera atrevido á pensar.

— Luis, respondió la condesa, no tratando ya de retener las lágrimas, la larga tranquilidad de que hemos gozado, no ha conseguido hacerme olvidar las angustias de nuestro triste pasado. ¡Sí, tengo miedo!... ¡Temo ver zozobrar nuestra dicha en una catástrofe que me es imposible designar más claramente, pero que la veo apuntar!... Ese temor quedaba latente en mí en tanto que, pronta á compartir tus penas, te sabía al lado de mi corazón, esclavo de la vida privada que tú has querido y adoptado. Hoy, va á romperse nuestra comunidad de ideas, tu nuevo grado te pone en la obligación de abandonar este paraíso familiar, esta nuestra casa... ¡Viene lo desconocido!... ¡Lo temo!... ¡Tengo miedo!...

— ¿Miedo de qué? repitió por segunda vez el conde. Nuestros enemigos de antes no están ya en este mundo. El duque de Tarenzani está prisionero seis pies bajo tierra y no ha dejado sucesión.

— ¿Quién sabe?

— La vida de campaña está á la vista de todos... Y, además, Jarnac y Chaminade podrán formar parte

de las compañías francas que entrarán también en acción.

— ¡Ya lo creo! exclamaron á una los dos tiradores.

— Ya ves, querida Constanca, que no deben subsistir tus infundados temores.

— ¡Ay! Luis, sí subsisten... No dudo yo de tus amigos; pero, ¿cómo puedo creer que simples soldados de compañías francas pueden ser compañeros oficiales, inseparables, del capitán de los mosqueteros del rey?

Esto era tan lógico, que el conde no pudo replicar.

Enriqueta lanzó un suspiro de alivio.

La condesa había estado tanto más patética y natural, cuanto que se hallaba completamente ajena al papel que su hija acababa de hacerle desempeñar.

— Reconocerás, pues, que mis temores pueden no ser quiméricos, añadió la pobre mujer. Estarás solo, Luis, muy solo.

Con movimiento rápido y espontáneo, Enriqueta se lanzó á ella para abrazarla, y dijo, al mismo tiempo:

— Si ese es el único motivo de su alarma, tranquilízese, madre, y seque su llanto. Papá no estará solo... ¡Adonde él vaya, iré yo!... ¡En donde él esté, estaré yo!

Esta exorbitante pretensión cayó como un trueno, y he aquí cómo la acogió cada uno de nuestros personajes: un rayo de admiración irreflexiva cruzó por la mirada de Constanca. Jarnac hizo crujir sus dedos para asegurarse á sí mismo de que no dormía. El sen-

sible Chaminade enjugó furtivamente sus párpados humedecidos, y el conde, estupefacto, exclamó :

— ¿Tú? ¿seguirme?...

— ¿Por qué no? preguntó tranquilamente la joven.

— ¿Pero hablas formalmente? le preguntó Constan-  
ciana abrazándola.

Lespere se había levantado y se paseaba por la pieza, presa de profunda agitación.

— ¡Qué locura! declaró con fuerza. ¡Ese capricho inimaginable es imposible de realizar!

Sin embargo, se notaba que acababa de hablar sin convicción, porque él se veía revivir en aquella Bradamante. Tal como él en su juventud, las dificultades no servían sino para estimularla, y tenía que reírse de la palabra « imposible » ó no querer conocer su sentido.

Por otra parte, la duda del padre estaba plenamente justificada, porque Enriqueta volvió á decir, haciéndole frente y sin bajar los ojos :

— ¿Locura?.. ¡No, padre! ¡No, padre! Y en cuanto á la imposibilidad, usted mismo sabe de sobra que ese término no debería formar parte de la lengua francesa.

Luis detuvo sus paseos, aceptando de ese modo el desafío lanzado. Sin embargo, no tenía motivos para estar satisfecho de sus numerosas escaramuzas contra aquel diablillo, el adversario más temible con quien se las había habido.

— Pero, desgraciada, ¿han admitido alguna vez una mujer bajo las armas?

— ¡Ya lo creo! ¿Olvida usted á Juana de Arco, á Juana Hachette y otras muchas?.. Pero mi modestia no me permite entrar con el traje de mi sexo, en el ejército. Me parece preferible un incógnito convencional. Ahora es la ocasión de permitirme trocar la falda por los calzones.

— ¿Por los calzones? ¿Volvemos á las andadas?..

— ¡Por última vez! Admitiendo mis razones, no verá usted en ello inconveniente.

— Admitamos que te autorizo á acompañarme, dijo el conde sonriendo y creyendo haber hallado el medio de disuadirla de su proyecto. Sólo podrás verme alguna que otra vez, cuando las obligaciones del servicio me permitan salir de las filas... Porque yo acamparé, hija mía...

— Diga acamparemos, y estará en lo cierto.

— ¡Esto ya es demasiado fuerte!

— Á lo sumo, justo.

Sin darse bien cuenta de la discusión, Constan-  
ciana contemplaba á su hija con mezcla de asombro y placer. El conde continuó, con acento de cómica exasperación :

— ¡No, señorita, no y mil veces no! ¡No estamos ya en la época de las dos Juanas que usted acaba de citar!

— Estamos en la de los sacrificios modestos, que vale más. Sin hablar de las que, en todo tiempo, hacen el oficio de cantineras, ¡cuántas mujeres han ido contra el enemigo, sin darse á conocer y, como yo lo deseo, ocultando su supuesta debilidad bajo vestidos masculinos!

— ¿Y para llevar á buen fin esa demente inspiración, querías hacerme tu cómplice ?

— ¡ Indudablemente, padre !... ¿ No podría usted hacerme admitir en su compañía en calidad de banderín, de alférez, ó aun de simple recluta ?

El conde no podía creer á sus oídos ; en cuanto á la condesa, ésta, entusiasmada, aplaudía.

— ¡ Ah ! ¡ Eso me tranquilizaría ! exclamó.

Lespare movió la cabeza y quiso reír. Su forzada alegría sólo consiguió hacer una mueca.

— Eso es una idea huera y nada más, replicó ; ¡ una mujer en la compañía de mosqueteros !.. ¡ Ah !.. ¡ vaya una graciosa concepción !.. ¿ No piensas, Constanca, la vida que llevaría Enriqueta en medio de los caballeros de mi compañía y de los soldadotes que éstos llevan tras sí ? Ausente yo — y puedo tener que ausentarme — ¿ cómo se defendería ella ?.. ¿ Cómo podría hacerse respetar ?..

Toda la confianza de Constanca cayó de repente ante esa lógica. Pero volvióle la esperanza al oír la respuesta de Enriqueta. En efecto, la joven replicó :

— No se cuide de eso, padre. ¡ Desgraciado del que cometa la torpeza de meterse conmigo !

— ¡ Ah ! ¡ ah ! exclamó, intrigado, el conde. ¿ Qué le harías, chiquilla ?

— Si simplemente era torpe, bastaría una buena lección. ¡ Pero si se permitiese una insolencia, ya sabe usted que no siempre es uno dueño de sí cuando se le calienta la sangre y tiene una espada en la mano !

Lespare la miraba, pareciendo no comprender ; era

tal su estupor, que perdía el uso de la palabra. Los dos viejos maestros se hacían pequeños. Hubieran querido estar lejos. Sentían aparecer el huracán.

— ¡ Una espada ! dijo al fin el conde, sobreponiéndose. ¿ Sabrías tú manejar una espada ?

— ¡ Oh !.. no tan bien como usted probablemente, padre ; de todos modos, hasta ahora, sólo me ha faltado ocasión para hacer la prueba... Pregúntesele á mis viejos amigos.

Sólo en este momento fué cuando el castellano de Tanlay pudo observar la actitud visiblemente contrita del tolosano y su compadre.

— ¡ Ah ! ¡ qué bribones ! gimió, dejándose caer en una silla. ¡ No faltaba más que eso !

Estaba medio vencido ; Constanca lo comprendió, y sus súplicas acabaron de vencerle. Luis de Lespare se rindió, y consintió finalmente en prestarse á aquella *pantalonada* sin precedente.

Decidióse en el acto que el conde compraría un cargo de alférez en su misma compañía, en beneficio de su hija que, en lo sucesivo, debería pasar por su hijo y no responder sino al nombre de Enrique. Aparte del marqués de Gherlor, que conocía demasiado á la familia, Lancelot, que tenía que acompañar á su amo, y Justina que, transformada igualmente en hombre, se convertiría en asistente del nuevo oficial del rey, nadie debía enterarse de aquella decisión poco vulgar de la pequeña asamblea.

Como el conde llevaba ya largos años retirado del mundo, y como ninguno de sus futuros oficiales ó

soldados había sido admitido en su intimidad, nadie podría suponer el subterfugio, y el pseudo Enrique no correría riesgo alguno de que se revelase su identidad. Verdad es que olvidaban al vizconde Santiago de Courten. Pero la joven, que no lo olvidaba, no quería hablar de él, reservándose el hacer personalmente lo que procediera, llegado el caso.

Temblando por miedo á que se descubriera la superchería y se tomase en mala parte, el conde Luis de Lespare presentó, pocos días después, al joven oficial Enrique á sus compañeros de cuerpo. Éste fué admirablemente acogido por ellos y ninguno comentó la cara algo femenina del alferez así presentado.

## VII

## PERVENCHA Y EL TRIMARD

Santiago de Courten paró poco tiempo en París, en donde tenía que dar cuenta del resultado de su mensaje, á su poderoso primo el conde de Argenson; luego, seguro de tener por delante dos semanas de libertad, pues la casa real, á la que él pertenecía, no salía para Flandes antes de transcurrido ese plazo, tomó el camino de Bretaña para ir á abrazar á su madre.

Creemos haber dicho ya que el vizconde no había amado nunca con verdadero amor antes de encontrar á Enriqueta. Sin embargo, la señorita de Lespare no era la única que plantara raíces indestructibles en el corazón del caballero bretón. Hijo único de una casa noble en que faltaba dinero, y á cuyo jefe, encarnizado en lograr una fortuna, sólo se veía rara vez, Santiago se había educado á su antojo, pues la condesa de Courten-Málo, la única persona que tuviera derecho á dirigirlo, nunca tuvo energía suficiente para imponer su voluntad ni siquiera á un niño.